

Por el Profesor de Sociología de la Uni-  
versidad Central, \_\_\_\_\_

Sr. Dr. Dn. Víctor Gabriel Garcés—

**SIGNIFICACION SOCIOLOGICA  
DEL MITO** \_\_\_\_\_



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVER-  
SIDAD CENTRAL \_\_\_\_\_

Señores:

La necesidad de extender consideraciones científicas a tópicos de actualidad universal, que ejercitan su influencia dentro del vivir de todos los pueblos, llama insistentemente a los hombres que piensan para que clarifiquen su pensamiento y lo razonen y discutan. Es necesario en estos tiempos hacer obra de exégesis cabal a todo lo que existe, a cuanto palpita en la vida y germina en el mundo. Es menester hilvanar hipótesis y formular teorías sobre todo. Es hora de la inquietud científica que escudriña los horizontes y que transforma la esencia conceptual de los fenómenos que a cada paso se nos presentan. Por eso surge el imperativo de una solidaridad en los espíritus, para acelerar la jornada valorativa del universo y de cuanto vive en su seno.

Toca naturalmente a la Universidad enfilar sus navíos por estos senderos de conocimiento e indagación, dándoles proyección social que tanta falta hace a sus conquistas y a sus sistemas de examen. Por estas razones irrenunciables en la finalidad universitaria, he querido asumir mi responsabilidad en la tarea. Porque en la vastísima ciencia sociológica, ciencia de vitalidad moderna, ciencia de los pueblos, hay mucho por explicarse y tanto por aprenderse. Y es preciso desentrañar de sus veneros, postulados inmediatamente aplicables a las realidades colectivas. Es menester hacer observaciones múltiples dentro del complejo de la vida, a fin de justificar o condenar, según los casos, la eficacia o la pasividad de ciertas actitudes sociales que forman fisonomía nacional o internacional, o que las falsifican. Dentro de las necesarias proyecciones del vivir de cada pueblo, se suceden acontecimientos ordinarios, vulgares acaso, pero que conviene detenerse a analizarlos. Porque ocurre frecuentemente que en los hechos vulgares y sencillos hay claves de interpretación profunda de

la virtualidad fenomenológica, si se ausculta severamente sus sustancias. Y esto no hemos realizado nunca. Quizás hemos logrado habituarnos a la constante presencia de hechos, sin que hayamos pensado en la necesidad de ahondarlos y buscar sus propias causas. Hemos vivido por vivir, aceptando beatíficamente las transformaciones espontáneas que la existencia natural nos trajo; pero no hemos percibido los cambios que quedaban al margen del esfuerzo personal o de grupo, precisamente porque tal esfuerzo no lo hicimos. La inquietud creadora, la inconformidad nutricia de anhelos, apenas se estuvieron en zonas potenciales, sin acudir a la experiencia concreta para fortificar el empeño individual y colectivo. De allí que seamos aún país de azar y de suerte, pero no pueblo que finca su porvenir en las realizaciones que brotan de su trabajo.

Pero si es necesario entender el contenido del espíritu de nuestros pueblos, hay que comenzar por analizarlo íntimamente. Esta labor tan fuerte y difícil hay que hacerla generalizando, buscando correlaciones en el ritmo universal para deducir lógicamente lo que acontece en torno nuestro. Se me ha de permitir, pues, que indague conexiones psíquico-sociológicas oteando perspectivas humanas, antes que locales, porque imperativamente procede realizar así en materias en las que somos, individual y colectivamente, usufructuarios forzosos de la cultura universal. Por ello he pensado que hay importancia e interés de toda especie en descifrar el misterio sutil de la formación concienical de las colectividades, de su afianzamiento paulatino en planos de espiritualidad cada vez más fuerte y rotunda. Porque, en último término, la cultura no es sino eso: valoración espiritual de un ciclo de existencia, virtudes de entendimiento y captación cognoscitiva del mundo y sus cosas y hechos. Ello es por demás importante, especialmente concretando análisis y escrutando en su integridad íntima algo que nos demuestra el paso de la animalidad instintiva de los salvajes y bárbaros primitivos hacia la racionalización compleja de la vida en común. No la pura esfera del individuo, no su fisonomía anímica, sino aquel intrincado panorama de las contexturas sociales, las que asoman como resultado de esa interacción de las conciencias, cuando las conciencias inician su inevitable influjo de unas a otras. Porque hay que convenir en las fluctuaciones humanas, en el sentido de expansión de su vida anímica hacia esferas de igual naturaleza. Parecería que existe una escala gradual en estas

fluctuaciones a través de la historia. Etapa de ensimismamiento total, edad en que el espíritu no brota ni se agita: siglos eternos de dominio puramente natural, exclusivismo biológico, egoísmo y bestialidad instintiva. Luego una estructuración de contenido superior, desdoblamiento primero del hombre en cuerpo biológicamente determinado y en espíritu que se emancipa de sus cadenas. Más tarde, la autonomía del espíritu que sobrepuja conciencialmente a los impulsos zoológicos que superviven en cada hombre. Admitiendo, con Spencer, aquella cadena anímica que arranca del egoísmo natural de los hombres, que pasa por un término medio egoísta-altruísta y llega finalmente al altruismo y la solidaridad humana, es posible pensar en la configuración análoga de los pueblos primitivos. Pueblos en que sus componentes individuales persisten solos, sin aünarse psíquicamente, sin constituir una homogénea armazón colectiva, horda indiferenciada, gregarismo atrabiliario y abstruso, rivalidad formidable, odio mutuo, hambre y sexualidad poderosas y promiscuas, instinto puro. Esta edad que, a juicio de los etnólogos más prestigiosos, abarcó muchos siglos, y en la que los hombres más se aproximan a los animales, porque reina el infer-hombre, trepador y hurraño, sin conexiones para con sus semejantes, a no ser las que producen las necesidades de nutrición en manada y la procreación en grupo, esta edad es la máxima superación de la vida natural sobre cualquier eflorescencia de espíritu que hasta entonces no aparece. No hace falta, ante el auditorio ilustrado, que descompongamos retrospectivamente y en detalle la situación de los hombres y pueblos primitivos. Se sabe de antemano la fenomenología de aquel tiempo y se conocen hasta los más severos aspectos de su configuración proto-humana propiamente hablando. La sociología genética nos explica el panorama, acaso nublado aún por caos interpretativos disconformes, que reinó en las edades primeras de la humanidad. Y ni hace falta tampoco, para nuestro propósito, irnos a escudriñar la audaz concepción de psicólogos como Yung o Lévy-Bruhl que expresan científicamente la mentalidad de aquellos hombres primitivos, que estudian el torbellino de sus almas sin vigor creativo y que muestran la ausencia primordial de fuerzas que las gobiernen. Y si los hombres fueron de esta contextura, los pueblos por ellos formados debieron adolecer de peores lagunas y faltas. Porque el resultado de la agregación, aún en realidades de mera yuxtaposición

artificial de seres sin ligamen interpsíquico, es siempre inferior al rendimiento que debería producir la suma —si acaso fuese suma— de energías individuales, sobre todo en fases de consideración espiritual. Es posible, pues, atribuir una larga sucesión de siglos para encontrar los anuncios de mejor orientación colectiva, de más aceptable formación de los grupos humanos. Cuando el instinto trasunta ya expresiones de espiritualidad y germina la transición ego-altruista, según el trámite asignado para las sociedades por Spencer y su escuela, allí aparece simultáneamente una serie de problemas, antes ignorados e insospechados por los seres que antecedieron en la vida. Se ha extendido la órbita de las necesidades humanas; se ha aumentado el horizonte y toda dimensión vital. Surge del ancho radio de la horda disgregada por menesteres económico-sexuales, como cree Freud, toda una cadena de nuevas ordenaciones colectivas. Colectivas, sí, pero restringidas a márgenes cuantitativos de menor extensión. De la horda asoma una necesidad familiar primera, de contenido biológico y natural, sin sentido jurídico de ninguna clase y sin canalizaciones éticas de su esencia. El hombre ha inventado el fuego, síntoma de cultura primigenia. El hombre busca otra alimentación que no fuera la simple captación de frutos naturales que escasean. El hombre inicia su beligerancia contra el medio que le es hostil y trata de asentar su reinado que, más tarde, habría de ser perfecto y definido. Y los grupos han tomado valor cualitativo, porque perdieron en cantidad numérica. En las iniciaciones de la vida social, la cantidad estorba y es rémora evidente. Hay que comenzar a caracterizar la valoración sociológica de estos grupos, proto-plasmas de sociedad futura. En ellos traza signos específicos la ciencia de los pueblos. La organización que se inicia, porque terminó la desorganización de la horda, adquiere fortalezas vinculadoras. Debe existir entonces trabajo que se libera ya de las zonas de pura animalidad humana. El hombre toma participación en el aflujo mental que deviene inmediatamente a las demandas de explicación de los fenómenos en los que él, ínfima célula vital, está comprendido. Allí germina la necesidad de comunicación interhumana. Era preciso estar en acuerdo constante entre seres que enmarcaban distintas radiaciones de la vida cósmica y universal. Convenía multiplicar y ahondar maneras de enlazarse los hombres, para la defensa común de los enemigos, porque la dispersión de los grupos

acentuó la rivalidad entre ellos. Había urgencia en defenderse de las implacables fuerzas de la naturaleza que hinca persecuciones y fórmulas de destrucción. Las fuerzas de la naturaleza son, entonces, gigantescas y brutales. El hombre por sí solo no se basta. Por otro lado, la sombra y la tiniebla forjan mundos de represión sorda en sus mentalidades primitivas y débiles. La imaginación se aterroriza ante fenómenos que no se justifican ni se explican. Es menester situar a los hechos y a las cosas en ubicaciones que satisfagan la perenne inquietud que comienza a convulsionar a sus cerebros. Los agregados de seres están dependiendo de condicionalismos asociativos convencionales. Han hecho tribus o han adjudicado valor a los clanes familiares. Las tribus, que son complejos numerosos de extensión clánica, obedecen a impulsos abisales, telúricos, cuando más a proyecciones mesológicas y objetivas. El lenguaje primero matiza de humanidad a los pobladores hoscos del mundo precultural antiguo. Ha aparecido la mímica, acaso la imitación onomatopeyca, el gesto, la voz inarticulada, que sirven para comunicarse. El hombre no se conforma con su soledad plena, por más que sus instintos a ello le lleven. Porque el instinto de nutrición, de carácter simplemente fisiológico, así como el de la procreación, derivado acaso del anterior, y el instinto ofensivo-defensivo —que dijera Asturaro—, emanan y forjan mundos de separación de unos seres respecto de otros. Son instintos egoístas. Solamente cuando asoma la necesidad profunda de obviar urgencias que aisladamente no se satisfacen, allí se transige con la cooperación inicial de las labores humanas. Como hacen, sin asomos de cooperación psíquica, los rebaños y las manadas de animales gregarios. Pero la presencia de fenómenos mayores en el medio ambiental primitivo, determina fundamentalmente la necesidad de lenguaje. Surge entonces la primera creación colectiva, social, en la zona de las representaciones intelectivas. Simultáneamente aparece una afectividad necesaria, un sentimiento confuso pero dinámico, segunda zona de formaciones concienenciales. Y, al final, se enmarca una normación volitiva. Ha brotado ya, aunque demasiado vaga, la insurgencia de la vida. La vida integrada por sus factores anímicos que actuarán para siempre, elevando planos de cultura y haciendo acomodos y adaptaciones irrenunciables en todo momento histórico. Los pueblos no van a ser sim-

ples agregados de organismos vivientes, sino profundidad activadora de pensamiento colectivo.

De ningún modo puedo decir que la visión cinematográfica de la curva evolutiva humana está completa. Es demasiado difícil esquematizar en pocas líneas un proceso de siglos y aún de milenios dentro de los problemas de la ascensión humana en niveles de inteligencia, de afectividad y volición, hasta configurar ciclos de civilización plasmada en realidades. Pero debo conformarme con exponer pocas verdades interpretativas, de exégesis evolucionista.

Desde el instante en que el hombre inicia su nueva vida, la del espíritu, los pueblos toman derroteros de marcha por los campos del espíritu. No se puede negar la razón a los sociólogos que estudian la cultura desde un plano de consideraciones psíquicas. La psicología social es base fundamental para entender todos aquellos fenómenos que escapan al análisis en otros aspectos. No quiere esto decir que la sociología fuese simplemente psiquismo interindividual, no. Lo que significa es que el fenómeno cultural de las colectividades debe ser descubierto a través de tamices de espíritu y de reglas normativas de aquella energía que en el hombre hemos denominado conciencia y en los grupos se quiere llamar también de modo igual. O alma colectiva, o espíritu público, o como quiera. Esa energía nerviosa, fuerte e irrefutable, que existe en toda agrupación de seres conscientes. Lo que Ward llamó sinergia o lo que podríamos bautizarle propiamente como la fuerza social. Ella no es de naturaleza específicamente anímica y abstracta, sino social. Sus componentes son espíritus individuales, pero su resultado es una combinación, quintaesencia— síntesis llaman los sociólogos psicólogos— de una armonía perfecta en el seno de las sociedades humanas.

Hay que detenerse, pues, en la especulación y el estudio de las gradaciones de la conciencia colectiva. Generalmente son en los pueblos y en las agrupaciones actuales manifiestamente retrasados en el progreso, sobre los que se elaboran doctrinas y tendencias científicas que reconstruyen los procesos de evolución de los antepasados humanos. Así se ha logrado sistematizar claramente los ciclos de existencia correspondientes a todos los pueblos de la tierra en edades remotas. Y se están conformes los hombres de ciencia sobre la valoración de aquellos ciclos. Aquí nos interesaría puramente exponer manifestaciones de interpretación sociológica de las

culturas primeras y su correlativo progreso social; saber con relativa precisión cómo se concatenan los fenómenos, el de formación lenta del espíritu de los pueblos y su reflejo exacto en los agregados humanos repartidos por la tierra en distinta forma y con diverso colorido temperamental.

Mientras las agrupaciones humanas primitivas permanecen carentes de actividad de espíritu, aunque fuese en bosquejos iniciales y confusos, la organización social depende más de arbitrios convencionales que de vinculaciones efectivas entre los hombres. Pero al momento en que se gesta el dinamismo de conciencia, comienza a rodearse a la agrupación de nexos reales de acercamiento interhumano. Esto es inevitable y cierto. La hostilidad va amenguando en sus caracteres hoscos de su primera edad, para dar paso a lineamientos de simpatía, que puede ser la conciencia de la especie, o su instinto, como apuntara Giddins, sin que ello fuese óbice para la supervivencia ancestral y actual del odio entre los hombres y de sus continuas guerras. Precisamente, aquel aspecto de eterna rivalidad humana, acendrada por conjeturas o vaguedades políticas, místicas, económicas, raciales, etc., demuestra formidablemente, con paradójal y antitético razonamiento, la progresiva intervención del hombre sobre el hombre y de un pueblo sobre otro. La cultura se forja perentoriamente sobre las ruinas de ciclos vitales anteriores, lo cual comprueba esta afirmación de perennidad beligerante entre una vida o otra vida, que vale como decir, entre una edad histórica y otra edad que la supera.

Pero acaso nos apartamos demasiado del aspecto fundamental sobre el que queremos discurrir ahora. Sobre la formación psíquico-social de la afectividad de los pueblos; sobre sus surcos emotivos o sentimentales; sobre su posición francamente complicada en este campo de la conciencia. Ahora mismo que se está haciendo campaña sistemática sobre la valía del mito, tomándolo como motivo de rígidos sectarismos, es menester situar las consideraciones al rededor de tan sugestivo plano de estudios. Naturalmente, relacionando tales asuntos con la verdad histórica de los pueblos primitivos y en la realidad presente de las colectividades modernas. Porque esto es lo más interesante: la supervivencia del mito a través de los tiempos y las edades. No es, pues, extraño hallar al mito, acaso como lo tenían los pueblos de una etapa remota, la de los hombres pastores o agricultores inferiores, muy próxi-

mos al matriarcalismo, en que apenas se sabía adorar y venerar a los fetiches.....

Para ello redujimos esquemáticamente la larga sucesión de siglos por los que atravesó la humanidad hasta hacer brotar los primeros rasgos de conciencia. Sin este antecedente historicista, es imposible entender las manifestaciones de cualquiera espiritualidad, al menos las que se expresan confusamente en los hombres y colectividades tan alejadas de esta hora del mundo y de la civilización.

Es muy posible que corresponda a la edad de las agrupaciones tribales la aparición del totemismo, o sea, una tentativa de explicación de la asociación de seres convivientes bajo el amparo de una entidad representativa de un antepasado común, que es padre de la tribu. El totemismo aparece entonces como la inicial justificación de cierta fraternidad humana y como un comienzo asociativo basado en descendencia o progenie común. Es la primera manifestación de la sociabilidad razonada, causal. Si bien es verdad que el totem es una simbolización colectiva, una representación clara de motivos abstractos que para las mentalidades primitivas no halla asidero de realidad, es con todo una fuerza emanada ya de fondos íntimos de superación espiritual que asigna valor sustantivo a un objeto determinado, sea éste un animal o alguna otra especie de ser al que se otorga, por este sentido simbólico, condiciones sagradas. El totem es sagrado; lo cual comporta naturalmente el imperativo de su defensa y su culto. El tabú tiene eficacia en función totémica, como resguardo de las liturgias a que los hombres están obligados. Resulta en extremo difícil explicar la complejidad que sobre el problema totémico existe dentro de consideraciones de la ciencia, sobre todo si se las relaciona, como es menester hacerlo, con la verdadera organización y desarrollo social que le son correlativas. Pueden haber existido aún antes de la tribu, acaso en la radiación clánica, asomos totémicos que quisiesen valorar su incipiente ordenamiento colectivo sometidos a nexos de acercamiento interhumano. Pero en la tribu, que supone elevación de los elementales principios de cultura, con relación a anteriores etapas, se forja realmente la creencia totémica que comporta un culto y que señala normas de convivencia. Muchos sociólogos y etnólogos —entre ellos el peruano Cornejo— así lo afirman terminantemente. Pues para este pensador americano, que sigue a Comte y a Spencer en las valoraciones

genéticas de la sociedad, junto al lenguaje que es expresión colectiva y psíquica de su *alma*, así la llama, debió aparecer el mito, zona de afectividad, y la moral, una moral primitiva, zona de volición para los pueblos. Y el mito expresa precisamente, en esta edad formativa de límites de espiritualidad grupal, una profunda realidad emotiva y una potencia expansiva del espíritu, ya no solamente individual sino social, que fija sus manifestaciones de vida en algo que calma sus ansiedades inquietas, inquietas pero frustradas, de explicarse los fenómenos que suceden a su torno. Y el totem responde a esta primera necesidad colectiva. En él radican su personificación simbólica, síntesis de su pasado y actualidad y proyección necesaria para su porvenir. El culto establecido entraña agradecimiento o desagravio a este pequeño dios, causa de su existencia tribal y padre común. El culto mítico explora campos de ritualidad acomodada a sus culturas; y el tabú, que es su código negativo, de prohibiciones taxativas, defiende sus ritos librándoles de todo mal que ofenda a su totem.

Mucho se ha discutido sobre la calidad y virtualidad del totemismo. Desde Durkheim, que mira en este fenómeno una forma elemental de la vida religiosa, ya que según su decir, «las creencias totémicas son de índole manifiestamente religiosas; puesto que implican una clasificación de las cosas en sagradas y profanas, tenemos la seguridad de que esa religión es la más primitiva que haya existido, según toda probabilidad; es en efecto —sigue Durkheim— inseparable de la organización social a base de los clanes».

Andrés Lang halla, en cambio, en el apodo o sobrenombre que obtuvieron los grupos clánicos primitivos de sus vecinos y que con ese sobrenombre se mantuvieron, haciendo de él una valoración totémica. Luego Spencer y Tylor fijan en nuevas causas la producción totémica, lo mismo que el etnógrafo Guillermo Wunt. Estos tres últimos, apoyándose en la indiscutible autoridad de Mac Lennan, llegan afirmar que el totemismo es una forma de la zoolatría, ya que el culto de los antepasados debió ser primero de antepasados animales para acabar luego en antepasados propiamente humanos, según la concepción primitiva geneonómica y social. Freud ha elaborado también sus tesis al respecto. Su obra «Totem y Tabú» está llena de sugerencias sobre este vasto campo de exégesis científica, conduciéndonos a encontrar explicación para los fenómenos culturales de los pueblos primi-

tivos en determinaciones sexuales y complejos por el diferenciados psicoanalíticamente. Si bien es verdad que sus tesis son combatidas y discutidas, bien vale la pena de analizar siempre sus consideraciones.

Sea de esto lo que fuese, lo interesante es apreciar la real existencia de agregados colectivos humanos, antes dispersos, y que llegan a cierta homogeneidad debido, sobre todo, al culto impuesto por la creencia mítica en un antepasado común, el totem, al que se rinde necesariamente una adoración idolátrica y frenética. El mito tiene vigor irrenunciable como asimilador y como ortodoxia auspiciadora de dinamismos afectivos. Pero el mito se bifurca bien pronto hacia dos corrientes generales del pensamiento, porque está correlacionándose con la intelección primitiva, y de la moralidad, hábito o costumbre social, porque incluso se relaciona con sus maneras de proceder y con su conducta. El mito mira al hombre y mira a la naturaleza: al hombre, pero integrado ya por flúidos o hálitos distintos de su simple materia corpórea, al hombre base de espíritu o de alma; y mira a la naturaleza, haciendo irradiar de ella toda la fuerza creadora de la vida y realizadora integral de todas las cosas que pueblan el universo. El mito halla en el hombre la raíz del animismo, y halla en la naturaleza precisamente al denominado mito natural. El animismo, si bien discutido también como primera expresión del mito, porque se cree en la existencia preanimista, comporta fórmulas espirituales puras. El mito natural tiende a crear explicaciones concentradas, reducibles a constataciones experienciales. El mito animico desdobra la persona del ser para indagar la parte de causalidad vital que a cada una de ellas quepa atribuírse: al cuerpo y al alma. Aquellas supersticiones sobre la separación o perduración, en su caso, del espíritu demoníaco o sagrado en el cuerpo humano, al menos en instantes de muerte física, saturó de nuevos mitos derivados del mito fundamental animista. El cadáver y su terror, para unos pueblos, el muerto y su culto sagrado, para otros. La necrofobia o la necrofilia son expresiones antitéticas al respecto. Es interesante anotar que en América, en las tribus indígenas precoloniales, existió abundantemente el mito animista.

La brujería y la magia, que ésta no es más que una brujería simbólica, derivan del animismo. Son esencialmente manifestaciones reverenciales y cultuales en favor del mito al que se rinde pleitesía; es una liturgia colmada de supersti-

ciones. De allí arranca naturalmente la idea fetichista. El fetiche, es un «objeto natural animado de una fuerza demoníaca». Objeto determinado e insustituible poseído de una fuerza que le da precisamente el espíritu que el objeto encierra en sí. El fetiche supone culto, adoración. En ello hay diferencia del talismán y del amuleto, que no son sino medios y artificios de la brujería y de la magia para producir ciertos bienes o para evitar daños, respectivamente. El culto animico con las atribuciones totémicas y el tabú correspondiente, elaboran prácticas rituales. Esto es evidente y real para los pueblos primitivos tocados por estas formas de afectividad en los que toda su actividad, toda su vida trasciende y deriva de sus fluctuaciones míticas. Efectivamente, en tales pueblos nada hay compatible con la rigurosa sumisión a la presunta voluntad totémica que es poderosa e irrenunciable. La coexistencia de los hombres tiene su eje en la creencia. Son pueblos cuya vida tiene razón de ser en función mítica y determinada preponderantemente a honrar y proteger a su totem y a sus correlativas figuraciones simbólicas. Hay fe en los hombres y los pueblos; pero una fe que fundamenta su vigor en la superstición acendrada de que se hallan poseídos. Son ellos tanto más felices cuanto mejor sirven el culto mítico. La purificación es especie cultural necesaria. De allí arranca la necesidad mítica de purificarse, en cualquiera forma, pero hacerlo realmente. Ya como quiere el budismo y los mitos orientales, con el ensimismamiento y la dignificación moral que lleva hacia el «nirvana», ya como piden los occidentales, con prácticas que alejan del tabú prohibicionista. El baño lustral, en aguas sagradas, hace prodigios de hechicería en este sentido. El Ganges y el Nilo, son ríos de aguas lustrales. Y el Inca peruano, como narra Cornejo, al bañarse purificadoramente, exclamaba: «Oh, tú, río, lleva mis pecados al mar!». De la purificación primaria puede pasarse a mayores formas de efectuarlo. El fuego redime del mal y santifica al hombre. El sacrificio crea beneficios por la expiación necesaria a las transgresiones del tabú.

El manismo viene a ser luego una extensión cualitativa del mito, en el sentido de que simplifica la recordación totémica a antepasados humanos. Mito antropomórfico por excelencia, supone necesariamente, en los pueblos que lo cultivan, una elevación psíquica que permita la tradición fortificada en los hechos históricos. El manismo, según todos sus carac-

teres, resiste en las colectividades humanas hasta que logra penetrar en ellas el poder absorbente de las religiones con base ética fundamental.

Al llegar a este punto de mi cansada exposición, quizás no haga mayor falta sintetizar el movimiento de las religiones. La ilustración del auditorio me libera de esta difícil y —por qué no decirlo?— escabrosa posición crítica. Bastará recordar a grandes rasgos las transiciones del pensamiento religioso en lo que tiene de valor para la esfera emocional de las colectividades. Porque es el aspecto que debemos anticiparnos en aclararlo. El mito, no es tanto por la naturaleza de su objetivo en sí mismo, cuanto por la forma cómo lo toman los pueblos. El mito supervive precisamente por esta situación social que lo caracteriza: por su expansión dinámica y siempre afectiva. Parecería extraño que en edad de positivismo persistiese el mito. Y no resulta extraño, si se estima que la conciencia de los pueblos mantiene zonas graduales que captan, cada una a su manera, la radiación de los fenómenos que se presentan en la vida colectiva. Hay en la actualidad misma valoraciones subconscientes de hechos de diversa naturaleza, así como existe valoración filosófica y científica sobre los mismos hechos. Cosa análoga ha pasado y seguirá pasando con los asuntos de trascendencia emocional y sentimental que viven en los grupos humanos, como creencia, como fe, como superstición o como mito.

No hay cómo olvidar la enorme gestión del cristianismo para espiritualizar la vida, para desposeerla de groseras fantasías. Su monoteísmo irrumpió contra todos los politeísmos reinantes, levantando sobre ellos principalmente una moral austera que consagra principios de justicia y de solidaridad humana, aunque predeterminados por aspiraciones sobrenaturales y ultrahumanas. Pero el fundamental aspecto religioso, cuando toma consideraciones sociales, que es lo que analizamos, pierde fortaleza y amengua en energías lógicas para ganar en esferas emocionales y de sentimiento. En lo social hay dispersión inevitable de causalidades para dar vigor a las casualidades. Bastaría analizar los periodos cíclicos de la filosofía griega, para demostrarlo. Pinard distingue, para esta edad, tres periodos: el mito-poético, el filosófico y el pragmático. Al primero corresponde la creación fantástica de los poetas de la antigüedad, sin excluir a Homero; al segundo corresponde el de la discriminación metafísica de los jónicos,

como Tales y Heráclito, la discusión pitagórica, las investigaciones de Jenófanes, Parménides, Empédocles y Demócrito y, sobre todo, Platón y Aristóteles. El tercer período, pragmático, corresponde a un neoplatonismo beligerante, lleno de dudas y de críticas que halla en Plotino a su mejor campeón. Todos estos movimientos metafísicos y filosóficos sobre mito y religión hay que traducirlos como inquietudes del pensamiento por alcanzar explicación al grave fenómeno universal, por encontrar causas de la vida y del equilibrio cósmico, por descubrir la suprema belleza o la suprema bondad inteligente, por indagar a un Dios, en una palabra. Y ello es movimiento de espíritu, pero de un espíritu dilecto, mientras la generalidad colectiva persiste en sus posiciones anteriores sin otra inquietud que la de entregarse a sus prácticas rituales en la forma que el hábito y la exégesis de los hombres del culto la había enseñado. El cristianismo viene entonces como un torbellino destructor, como una avalancha en contra de lo existente hasta entonces en materia de creencia.

No nos corresponde indagar en la esencia teológica de los credos. Nos toca valorar la manera de hincar profunda o superficialmente, según los casos, la doctrina en la conciencia de las colectividades y la manera cómo éstas reaccionan ante nuevos móviles que los abarcan definitivamente. Pero no hay que olvidar que, desde el plano de las consideraciones filosóficas, siempre brotó la discusión en defensa o en contra del nuevo credo. Por todas las latitudes del pensamiento de entonces, naturalmente donde hay pensamiento más que sentimiento, emerge la disputa formidable entre escuelas que propugnan cambios en la virtualidad religiosa y los acendrados místicos defensores del cristianismo. Bastaría con enunciar la obra máxima, «De civitate Dei», de San Agustín, que es el resumen ecuménico de historia religiosa y filosofía cristiana. Pero es menester apuntar que, frente al pensamiento de los que laboran teorías y credos, surge el sentimiento colectivo que toma tales conquistas y las hace asequibles a su vida íntima y a su mentalidad. Desde siempre y hasta siempre también. De allí la dificultad de encuadrar bajo casilleros de análisis psicológicos el resultado individual de los movimientos de la inteligencia y el resultado social de esos mismos movimientos que, al ampliarse cuantitativamente, cobran valor de sentimiento. No podemos hallar, aún en la época moderna de avance científico y cultural, un solo aspecto universal

de admitir y, sobre todo, de vivir una doctrina, no sólo específicamente religiosa, sino también de aquellas que miran a órdenes distintos de valoración interpretativa de la vida humana. Es que la conciencia o el espíritu colectivo guarda inexorables distancias entre lo que admite para su lógica y lo que acoge para su emoción necesaria. Y es en el terreno emocional en donde germinan aún los mitos de toda clase, distendidos a través de los pueblos como expresiones fisonómicas de su psiquis y como síntomas precisos de su evolución paulatina. Por eso el mito moderno, si bien matizado ancestralmente por coloridos simbólicos, tiene configuraciones actuales que hablan de sus motivos sentimentales y que dicen de su esencia emotiva inconfundible.

No pretendo haber agotado tan fecundo y extenso tema, ni mucho menos. Es demasiado vasto y difícil hacerlo. Pero he querido tocar las facetas mayores del pensamiento mítico y de sus proyecciones sociales de carácter afectivo, desde el totemismo clánico y tribal primitivo hasta la situación planteada por las religiones éticas. No solamente la cristiana, hay que recalcarlo, sino todas las que formulan métodos de conocimiento extrahumano y su creencia. El mito ha sido, y seguramente sigue siéndolo, un fenómeno universal. Todos los pueblos lo han tenido con distinciones más o menos características. La mitología es común atributo de la cultura inicial humana, así sea para el Asia o para el Africa o para cualquiera parte del mundo, incluso naturalmente América. El mito animista dio origen a todas las religiones reveladas; el mito natural dio margen para la presencia de ciertas heterodoxias científicas que se apartan del dogmatismo de las primeras. Las teogonías antiguas, pasando por sucesivos períodos de evolución, devinieron en sistemas interpretativos del universo, sea como creación sobrenatural o simplemente natural, según el camino por el que se parta en tales análisis valorativos.

Pero la presencia del mito en toda edad social manifiesta su necesidad, como que es asiento de las energías humanas que exigen siempre terreno para su cultivo, floreciendo entonces en manifestaciones simbólicas y en calidades numerosas. Es inevitable, de otro lado, la supervivencia en el espíritu de los hombres de aquella herencia del pasado que trae al presente el culto ancestral, el rito reverencial y las tradiciones. No extrañe entonces la perduración fenomenoló-

gica del mito en sus distintas clases, aunque se muestren ahora con nombres y conceptos diversos. No admire la actualidad de fetichismos y cualquiera forma de cultos demasiado pegados aun al fondo totémico de donde proceden.

La cultura contemporánea que ha agrandado las órbitas del saber humano generalizando conocimientos, no ha podido emancipar a los pueblos del reinado emocional para elevarlos a planos de reflexión y de razón. Individualmente es posible conseguirlo, pero socialmente se retarda toda transición intelectual. Aún ahora mismo, en todos los pueblos, subsiste el credo supersticioso en muchos hombres y se mantiene latente el temor sobrenatural en cualquiera cosa que no se explica, en cualquier acontecimiento cuya justificación es difícil. Hay fondo mítico en las colectividades. La práctica cultural permanece incólume por más que las formas vayan variando paulatinamente. El ideal religioso que sintetiza un móvil ético con proyecciones trascendentales, no halla en todos los hombres igual acogimiento. Hay que confesarlo francamente. Por eso nada tiene de particular que los pueblos obedezcan al mandato sentimental, porque es suficientemente poderoso para abarcar toda su vida. Históricamente, además, se comprueba esta labor totalizadora del ideal mítico-religioso. El gran periodo teológico y metafísico de la humanidad y de su cultura, demuestra tal absorción: todas las actividades humanas estaban supeditadas al canon religioso.

Lo que interesa fijar con precisión es el complejo afectivo que el espíritu popular lleva en si mismo y que logra evidenciar su adherencia al mito. Complejo afectivo que ha tenido ahora que salirse de la dimensión exclusivamente religiosa para sentar reales en otras zonas de afectividad. Por ello vemos mitos en la política, en la economía, en el arte, en cuanto exprese tonalidad emotiva como base de acciones iniciales. Es que no es posible eliminar al mito; es apenas posible sustituirlo por otros que ofrezcan mayores facilidades estructurales en el dominio de lo social. Habrá siglos aún para que cambie la manera hierática de ofrendarse en alma y cuerpo a un credo, la dación o entregamiento integral a una fe, religiosa o laica, porque existen de varias clases en la edad presente. Por más que la reacción científica que surgiera en el mundo occidental en pleno Renacimiento haya dado verdad y amontonado razón para la humanidad, ella no ha logrado aprovecharlos suficientemente. Lo más que ha conseguido es aumentar adeptos para nuevos

despertamientos emotivos que nacen de la cultura moderna, pero que en el fondo guardan conformidad con sus antecedentes o raíces en el pasado histórico y social.

Sería inmensamente interesante hallar al mito en todas las actividades de los pueblos, pero a la vez encontrarlo en función social preponderante. Ya nos hemos permitido insistir sobre esta nueva categoría psicológica del mito reputándolo como una fuerza emotiva, motor afectivo indiscutible que acciona en las colectividades haciéndolas proceder conforme a sentimiento, no conforme a razón. Ello no obsta, sin embargo, para que declaremos la simultaneidad de este fenómeno con otros de naturaleza, ya no psíquica exclusivamente, sino lógica u ontológica. En la religión, que comporta virtualidades éticas y filosóficas, coexiste el mito: aquella es de pensamiento; éste es de sentimiento; la una es móvil de lucubraciones minoritarias, dilectas; el otro es móvil de agrupaciones y de pueblos numerosos; la una prepondera individualmente; el otro domina socialmente.

Si no es posible, por ahora, abarcar expositivamente los distintos órdenes de la energía emocional humana, afectiva y fuerte, ensayemos siquiera aplicar esta valoración psicológica a un sector de verdades históricas y actuales, aquel sector en que positivamente actúa el mito. Y actúa, porque está en su naturaleza intrínseca hacerlo, por más que la finalidad sustantiva y teleológica de su estructura fíjase en otros planos vitales su firmeza conceptiva. Nos referimos a la política. La política ha sido, y sigue siéndolo, una actividad humana, pero que sucesivamente tuvo que ir desplazando a las consideraciones trascendentales. Hay que recordar solamente que ella, la política, fué largo tiempo teológica, o teocrática mejor dicho. El origen de la potestad, la justificación de la autoridad, derivándolos de la autoridad divina y sobrenatural, fueron principios claramente demostrados en la historia. Fue menester la sacudida revolucionaria que dió Francia en 1789, para que asomara un nuevo perfil para la política. La democracia sustentada en los derechos del hombre, emancipa el concepto jurídico y ético de la autoridad del criterio trascendental para colocarlo en la voluntad del pueblo como determinador único de sus destinos. Pero esta democracia no pierde, por ello, un sentido simbólico. La democracia se hace mito para las colectividades. Ellas aspiran vehementemente a alcanzarla; ellas rinden cultos y hacen sacrificios ex-

piativos por su reinado. La democracia se convierte en esencia doctrinaria con sus fieles y devotos universales. Hay altares para la democracia y tiene sus santos. Rousseau puede significar un hombre simbólico y genial a quien las minorías intelectualistas estudian y critican, pero a quien las mayorías, que no saben gran cosa de contratos sociales y fórmulas abstractas, pueden llegar a venerarlo. Montesquieu puede adquirir igual rango conceptual y emotivo, y tantos otros grandes exégetas de la política democrática del siglo XIX. En esta lucha política, no hay que olvidar la constante intromisión de las fuerzas místico-religiosas que siempre mantuvieron beligerancia para readquirir su fuero y su rango predominante. El juego de los valores emocionales hacía y deshacía símbolos, en una larga cadena de figuraciones contemplativas y sentimentales. De Europa se contagió psíquica y socialmente, que es lo mismo que decir culturalmente, la corriente democrática en la política a todas las latitudes del mundo. Si aún a las monarquías, restos esforzados de reviviscencia ancestral y sagrada en los que permanece la personificación simbólica de un rey —rey padre, rey totem, rey con tabús que lo protegen— si aún en las monarquías se infiltró el pensamiento y el sentimiento democrático! América no tuvo por menos que acogerlo también y de sembrarlo en su suelo ubérrimo. Sembró en surcos de inteligencia pero para cosecharlo en tierras de sentimiento. La multiplicación de la idea democrática debió pasar por variadas etapas hasta hallar florecencia. Pasar, sobre todo, por ciclos románticos y por ciclos piadosos. Pasar por edades nutricias de fervor apasionado y mítico. La democracia americana se hizo mito, y un mito prodigioso. En América hay campo y fermento perdurable de sentimientos, lo cual favorece la proliferación fantástica del mito. Tierra de indígenas totémicos y de una Europa renacentista extendida sobre ella místicamente, debió clarificar una cultura a base de mitos. El mito popular acentuado, mientras muy pocas gentes elaboran pensamiento. El sentir vence al pensar en América. Por eso hay robusto plano de afectividad mientras hay debilidad mental e intelectual, al menos en la edad conquistadora y colonial y aún republicana. Pero el mito americano, sobre todo hispanoamericano, se sustenta primordialmente en fuentes de sentimiento religioso. Porque acaso no se ha logrado amplificar el dominio emocional a otros planos de afectividad

creadora. Porque seguramente en nuestro mundo no prospera aún la creencia heterodoxa, apartada del dominio del misticismo. Sabemos a punto fijo que el mito es imprescindible, acaso necesario. Pero no el mito cuyo contenido se lo saca de un periódico, o de un libro pescado al azar, o del diccionario; sino mito expresado en valor, mito-fuerza que impulsa hacia realizaciones sociales. Por eso es que nos confundimos a menudo en el otorgamiento de valores colectivos; porque andamos equivocados totalmente en la clara determinación de la sustancia psíquica que el mito representa. Y la democracia mítica creó valores simbólicos en nuestras patrias, aunque fuese alzando hombres en lugar de alzar ideas!

La política agita aún sus pendones de democracia en el mundo. Se sostiene en el fondo emotivo de las clases mayoritarias humanas en los países que lograron acendrar una fe liberal, neutra siquiera, por sus estratos sociales. Y se distingue fenomenológicamente en cada lugar de la tierra en que sus hombres y colectividades forjan un mundo mítico en sus almas. Por eso la democracia tiene matices pragmáticos en psicologías serenas y severas. Los pueblos germanos, sajones y todas sus derivaciones étnicas, aún en sus estribaciones americanas, tienen democracia cuyo simbolismo se va por figuraciones naturales antes que animistas, por complejos materiales antes que espiritualistas. Es que es un fenómeno perfectamente demostrado el de la calificación social de sus afectividades, según la fuente de donde arrancan en la historia y en la cultura.

No hay que negar por negarlo, ni renegar porque sí de las determinaciones afectivas comunes a todos los superorganismo colectivos. Renegar solamente, implicaría el desconocimiento de los procesos de formación de las conciencias. Lo que hay que hacer es educar a las masas para que eleven su nivel psíquico, para que forjen mejores sentimientos y no se queden apenas en campos de primitivismo emocional áspero y rudo. Lo que hay que hacer, y procurar hacerlo por todos los medios, es quitar del ambiente afectivo la pura radiación fetichista, que amamanta ídolos o alimenta símbolos toscos nutriéndolos con su energía y con su esperanza. Lo que hay que hacer es elevar la mente y el cerebro en función de colectividad para que germine entendimiento creador y cognoscitivo, control severo de toda zona sentimental en el psiquismo individual y

social. Pero no hay que tratar de borrar al sentimiento, porque es imposible hacerlo.

Pareciera, además, que el sentimiento mítico fuese igual para los planos de religiosidad pura como para terrenos de política pura también. Si ambos son fenómenos de espíritu, porque lo son efectivamente, no es extraño encontrar encadenamientos y vinculaciones que tienden a unirlos en la realidad de la vida. Lo que acontece es que se entremezclan mal y se asaltan en todos los caminos. Quizás verídicamente pueda explicarse como un traspaso o cesión arbitraria de funciones: la política yerra cuando quiere atribuir dinanismos más allá de sus fronteras lícitas, las de su acción colectiva, jurídica y ética, pero para realidades humanas simplemente; y la religión se equivoca cuando desarrolla política —y con toda frecuencia— trazando en campo ajeno sus planes de conquista, como si su reinado fuese de este mundo. Por ello los pueblos que han logrado equilibrar sus dos grandes ramas emocionales, dándolas proporciones afines pero no idénticas, redimen ya sus fuerzas espirituales para nuevas creaciones de evolución y de progreso. Es interesante anotar que el fondo místico de la política moderna es incuestionable. Basta enunciar la política, todavía sin aclaraciones precisas, que desarrollan actualmente esos caudillos cesaristas, Mussolini y Hitler, especie de símbolos de un mito nacional que jerarquiza sus potencias emotivas. Basados en ciertas orientaciones doctrinarias, profundas muestras místicas de sus pueblos, realizan el fenómeno de ensimismar a sus colectividades, de arrobarlas, de sumirlas en éxtasis definitivos. Y ambos obtienen obediencia, sumisión al dogma político que sustentan. Y consiguen la entrega incondicional de los pueblos a sus programas de reivindicación nacionalista.

Pero la democracia, que es un culto y una fe existencial apoyada en libertad humana, a partir de la gran guerra del 14, cambia de contenidos y de esencia política. La democracia no realiza el ideal de justicia, otro simbolismo radical que toma en los pueblos caracteres míticos. La justicia humana, hay que anotar, no la justicia que vendrá en las extensiones suprasensibles de la vida, más allá de la vida. La democracia cristiana o la democracia laica, liberal, porque ha habido de ambas categorías, no logran captar justicias verdaderas. La inversión de valores sociales, políticos, morales, con hegemonía dialéctico-económica, arranca de Marx, otro

místico profundo, y canaliza pensamientos nuevos por sobre los convencionalismos de una cultura en trances de crisis. Por eso Rusia, el pueblo místico por excelencia, acelara un proceso de formación socialista apoyada en fundamentos místicos. Míticos también, no hay como dudarlo. Lenin hace papel de símbolo para una religión a la inversa. Teocracia al revés, dice de la política rusa el filósofo Berdiaeff. Mientras se elabora teoría y ciencia marxista, el pueblo ruso se acoge místicamente a los postulados revolucionarios; y el bolchevismo es un mito para los hombres que aprendieron a adorar al Zar, luego venerar y temer a Rasputín, aquel hombre mezcla de sacerdote y de hechicero, que pudo dominar en un ambiente de superstición enfermiza pero que no hubiera podido hacerlo en medios de claridad y de fortaleza anímica mayor. Y Lenin gana en prestigios apoteósicos. Adquiere jerarquías míticas. Se vuelve dios moscovita y tártaro a la vez. Rusia toma perspectivas musulmanas, porque el Islán está muy cerca del evangelio marxista, como lo anota Waldo Frank categóricamente.

Henri de Man ha estudiado profundamente al socialismo marxista en Alemania y en Bélgica. Este autor nos demuestra la forma de interpretación nueva que conviene dar a los movimientos revolucionarios de la época presente. Más allá del marxismo puro, más lejos de su dialéctica con fondos innegables de idealismo, mucho más allá del materialismo histórico, debe plantearse una exégesis psicológica, de esencia emotiva, para comprender las causas y fundamentos de toda esta inquietud moderna que quiere orientar la vida y la cultura hacia modalidades distintas de las que ha reinado hasta ahora. Lo cual, según el pensador belga, suministra luz para comprender que esa vida social, económica, política y religiosa de los hombres y los pueblos descansa en planos de espíritu y de conciencia. Todo es fenomenología del espíritu, es su vigor, es su fuerza. Todo es conciencia. Solamente que, en los procesos necesarios para su constitución, hay que pasar por zonas diversas: desde la simple y primitiva emoción mítica, que perdura en las colectividades, hasta la sistematización científica y filosófica, que debe ser meta o aspiración humana en todas partes.

Andan errados quienes creen, demasiado ligeramente, que un materialismo enteco es el único que impera en el mundo. Acaso no sea sino una falsa perspectiva conceptual.

Pero si el materialismo marxista es pura mística, pura idealidad mesiánica, sustitución simbólica de mitos, ¿cómo no creerse en la resurrección emocional de la vida, que vuelve ahora mismo sobre sus pasos para agarrar trágicamente la plenitud de sus anhelos que se perdieron en el caos de una revuelta de conciencias?.....



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL